

que vigila rigurosamente el mundo y castiga sin compasión; y los hombres de aquel tiempo, siempre dispuestos á la violencia y á los crímenes, viven en continua zozobra por miedo á la divina venganza. El carácter sombrío que reviste la religión explica el poder creciente que se atribuye al demonio, y el clero explota este sentimiento. En los escritos hagiográficos se habla continuamente de los endemoniados, de los energúmenos que acuden á las iglesias implorando su curación. El diablo acecha todas las almas, diciéndose que hasta ha querido apoderarse de la de San Martín; y Severino, obispo de Colonia, que así se lo refiere á sus clérigos, añade: «¿Qué será de nosotros, pecadores, cuando el espíritu del mal ha querido dañar á un santo semejante?» ¿Cómo escapar á sus astucias? «El diablo, dice Gregorio de Tours, se transforma en ángel de luz para engañar á los inocentes.» El demonio se aparece al diácono Secundellus, que vive recluso en los alrededores de Metz, y le dice: «Yo soy el Cristo á quien rezas todos los días; te has hecho santo y por consiguiente vé y cura á los pueblos.» Secundellus da crédito á estas palabras y se hace preciso que otro solitario le saque de su error. Para designar al diablo el sacerdote emplea ya esa palabra vaga y terrible, «el enemigo,» aquel á quien hay que temer á todas horas y bajo todas las formas (1).

En el culto, Jesucristo ocupa el puesto de honor; sin embargo, está, al parecer, lejos é intimidada la piedad de los fieles. Los santos, según parece, están más cerca, y por esto su culto se desarrolla en toda su fuerza al mismo tiempo que el de la Virgen: estos semidioses del catolicismo substituyen á las divinidades secundarias de la mitología y los hay que han sido absolutamente creados para prestarse á esas adaptaciones populares; así como en otro tiempo ciertas divinidades presidían las funciones y los actos de la vida cotidiana, así también los santos más populares son aquellos á quienes la devoción atribuye un papel especial, el de curar una enfermedad determinada el uno, el de hacer encontrar los objetos perdidos el otro. Muy pronto cada ciudad y aun cada industria y cada clase de trabajadores tendrá su patrono, del mismo modo que los colegios de la gente común se decían en el tiempo del Imperio devotos de Silvano ó de Pan. San Pedro, San Pablo y los evangelistas son venerados, pero lo son particularmente los santos galos que por ser compatriotas inspiran mayor confianza. Gregorio de Tours en el *De gloria martyrum* pasa revista de ellos y nos presenta al clero y á las poblaciones buscando sus tumbas y construyendo basílicas adonde afluyen los peregrinos. Se relatan las intervenciones y las apariciones en las cuales se basa la creencia de que se mezclan en la vida diaria y suavizan sus miserias y todo el que se siente lesionado recurre inmediatamente á ellos, como á un tribunal de apelación celeste.

De todos los santos el más popular sigue siendo San Martín: su basílica de Tours es el centro religioso de la Galia y á ella acuden gentes de todas las regiones; los enfermos llenan el atrio, citándose el caso de un paralítico que permaneció allí ocho años tendido en un

(1) Es, sin embargo, curioso observar que, al hablar de este enemigo tan temido, el espíritu galo ya se envalentona á veces y se lanza á esas bufonadas que harán las delicias de la Edad media y que de allí se transmitirán á los Callot y á los Teniers.

carro; y la leyenda del santo adquiere tales proporciones que se llega á considerarle como el apóstol de los bárbaros germanos y eslavos. «Gracias á ti, escribe Martín de Bracara, el alaman, el sajón, el thuringio, el pannonio, el rugo, el eslavo, el naro, el sármata, el ostrogodo, el franco, el burgundio, el dacio y el alano se regocijan de conocer á Dios.» Pero otras muchas tumbas llegan á ser también el objetivo de numerosas peregrinaciones, por ejemplo, las de los mártires de Ainay, de San Epipodo y de San Alejandro en Lyon, de San Julián en Brives, de San Dionisio en París, á las cuales se hacen donaciones y en las que se encienden cirios. A menudo, algunos peregrinos graban en el mismo altar su nombre junto con una corta plegaria á fin de dejar un recuerdo de su paso; así los altares de San Pedro del Ham, cerca de Valognes, y de San Rústico de Minerva en el Herault, están cubiertos de inscripciones de este género. Otros, cuya piedad es más aventurera, pasan los Alpes y van «al umbral de los apóstoles Pedro y Pablo,» *ad limina apostolorum*, y descienden á las catacumbas ó llegan hasta Oriente. Gregorio de Tours afirma haber visto muchas personas que se habían curado bañándose en el Jordán, y uno de sus predecesores, el obispo Licinio, había visitado Jerusalén y los Santos Lugares.

La facilidad con que eran acogidas las leyendas piadosas y las descripciones de milagros suscitaba impostores, como aquel Didier que en Tours, en 587, decía estar en relaciones con San Pedro y San Pablo por medio de mensajeros, se igualaba á los apóstoles y se colocaba por encima de San Martín; muchas gentes sencillas creyeron en él y fueron sus víctimas. Otro, en Auvernia, hizo pasar por Jesucristo y sedujo á una muchedumbre inmensa no sólo de labriegos, sino hasta de sacerdotes, logrando que le siguieran más de tres mil adeptos.

No menos que en los santos se cree en las reliquias: los obispos se afanan por procurárselas, y cuando las reciben celebran grandes fiestas. Namacio, obispo de Clermont, ha enviado á Bolonia á uno de sus sacerdotes para tener reliquias de los santos Agrícola y Vital y al regresar el mensajero los habitantes de la ciudad salen á recibirle con cruces y cirios. Radegunda organiza una verdadera misión y sus emisarios van á Oriente á recorrer tumbas de santos y confesores. Y no falta quien considera hábil asegurarse la complicidad de las reliquias para llevar á cabo malas acciones; tal hizo Chilperico cuando entró en París á pesar de su juramento (2). En defecto de los restos de los mártires, conténtanse las gentes con objetos que han estado cerca de ellos, como por ejemplo el aceite de las lámparas de sus santuarios, las telas que cubren sus sepulcros, las plantas, las hojas de los árboles que crecen en las inmediaciones y el agua de la vecina fuente. Algunos raspan la losa funeraria y mezclando este polvo con agua utilizan esta bebida como medicina que sana todas las enfermedades. En una ciudad por donde pasa San Amando, el obispo manda guardar el agua con que aquél se ha lavado las manos y se la da, para que con ella se frote los ojos, á un ciego que recobra la vista. Y sin embargo, Gregorio de Tours, de quien tomamos la

(2) Véase anteriormente, pág. 295.

mayor parte de estos ejemplos, se la echa de crítico y declara que no acepta sin examen los milagros que se le refieren. ¿Cuál no debía ser, pues, la credulidad popular?

La Iglesia sirve de excusa para otras muchas supersticiones. Las Sagradas Escrituras se utilizan en substitución de los oráculos; la gente las abre al azar, y del primer versículo en que se fijan sus ojos deducen la revelación de su destino: Meroceo, perseguido por el odio de su padre Chilperico, coloca sobre la tumba de San Martín los libros de los Reyes, los Salmos y los Evangelios, y después de haber ayunado y orado durante tres días, abre los manuscritos: «Dios, dice el primer versículo que lee, os ha entregado en manos de vuestros enemigos,» y desde entonces considera segura su pérdida. Y es en vano que los concilios condenen esta costumbre, pues hasta el mismo clero recurre á ella. El duelo se convierte en un medio de obligar á Dios á que designe al culpable; Gontrán Bosón, acusado de traición ante el rey Gontrán, exclama: «Si alguien quiere sostener la acusación, que se presente y entonces apelaré al juicio de Dios, quien decidirá entre nosotros cuando nos vea combatir.» La Iglesia acepta las *ordalías* de origen germánico, de que ya hemos hablado, las consagra por medio de oraciones y de fórmulas litúrgicas y hasta las practica. Un presbítero arriano y un diácono católico, después de una discusión teológica, convienen en someterse al juicio de Dios, para lo cual se echará una sortija en un lebrillo de agua hirviendo puesto sobre un fuego ardiente y se considerará vencedor al que logre sacarla.

La religión popular es, pues, ruda y grosera y está llena de prácticas y de supersticiones. Se ha observado que la mayoría de las palabras que expresan las enseñanzas de la religión han salido directamente del latín erudito sin pasar en su origen por formas populares (1).

La ignorancia de los fieles es extremada. Así como antes la Iglesia sólo admitía al bautismo á los que habían recibido la instrucción de los catecúmenos, ahora prevalecía la costumbre de administrarlo á los recién nacidos. El clero se veía obligado á apartar de la comunión frecuente, que antiguamente constituía la regla general, á aquellos, demasiado numerosos, que por el desorden de su conducta le parecían insultar al sacramento. «La mayor parte de los fieles, dice San Cesáreo desde principios del siglo vi, salen de la iglesia en cuanto han terminado las lecturas y antes de que terminen los divinos misterios; es más, casi todos lo hacen así.»

#### IV.—Las letras (2)

En medio de aquella sociedad bárbara la cultura intelectual se debilita, y en el transcurso del siglo vi agonizan las últimas escuelas laicas, á las cuales substituyen las escuelas episcopales y monásticas, cuya organización es, empero, rudimentaria. A veces el archi-

(1) Gastón París, *La littérature française au Moyen Age*, 1900, págs. 13 y siguientes, ha indicado con mucha exactitud los rasgos dominantes de esta religión popular.

(2) *Histoire littéraire de la France par les Bénédictins*, tomos III y siguientes. Ampere, *Histoire littéraire de la France avant le XII<sup>e</sup> siècle*, tomo II, 1839. Ebert, *Histoire de la litté-*

diácono es el encargado de instruir á los niños, pero en algunos casos éstos son confiados á un maestro de ocasión, reduciéndose el papel de tales maestros á enseñar lectura y escritura y algo de los libros sagrados, enseñanzas á las cuales los más sabios añaden el conocimiento de algunos autores profanos y cristianos y de las leyes romanas. En tales condiciones pudo un tal Andarquo pasar por hombre instruido porque conocía Virgilio y el código Teodosiano y sabía calcular. Desde aquella época, el *Satyricon* de Marciano Capella sirvió como de manual para la enseñanza de las siete artes que constituía la enseñanza superior durante la Edad media: gramática, dialéctica, retórica, geometría, astrología, aritmética y música.

Entre los escritores de aquel tiempo ninguno presenta el interés que Gregorio de Tours, en cuyos escritos revive entera la sociedad merovingia. Nacido hacia el año 538, fué nombrado obispo de Tours en 573 y murió en 594. Su padre, Florencio, pertenecía á la aristocracia galo-romana, y Gregorio se complace en repetir que en toda la Galia no había familia de mejor origen que la suya. Fué un pastor bueno y valiente; caritativo con sus fieles y siempre dispuesto á defender sus intereses, habla de ellos con ternura conmovedora. Cuando narra la epidemia que asoló la Galia en 580, dice: «Hemos perdido á los dulces y queridos niños á quienes habíamos dado calor en nuestro seno, llevado en nuestros brazos y alimentado solícitamente con nuestras manos.» Los humildes le quieren; en muchas ocasiones obtiene para los de Tours rebajas de impuestos, y se muestra valeroso é independiente en frente de los reyes francos, de lo cual hemos visto anteriormente algunos ejemplos.

Gregorio se encuentra en condiciones admirables para escribir la historia de su tiempo, que en gran parte ha visto desarrollarse ante sus ojos; además ha recorrido muchas regiones de la Galia y ha mantenido relaciones con los personajes más notables. Dotado de un espíritu investigador, agrádale hacer hablar, recoger narraciones, informarse de los acontecimientos y anotar todo lo que averigua. A su *Historia de los Francos*, cuyos diez libros llegan hasta el año 591, se agregan numerosos escritos hagiográficos, ricos en detalles sobre las costumbres, las ideas y las creencias del siglo vi (3); pero si escribe mucho, se excusa de ello, porque está convencido de su ignorancia. No se crea, sin embargo, que es inferior á sus contemporáneos, sino que ha sido cuidadosamente educado, pudiendo juzgarse por la suya lo que en aquel entonces era una buena educación, aprendió á leer y á escribir á la edad de ocho años, y

*ture latine du Moyen Age en Occident*, traducción Aymerich y Condamín, tomo I, 1883. Wattenbach, *Deutschlands Geschichtsquellen*, sexta edición, tomo I, 1893. Loebel, *Gregor von Tours und seine Zeit*, 1869. Monod, *Etudes critiques sur les sources de l'histoire mérovingienne*, 1872. Rajna, *Le origini dell'epopea francese*, 1884. Kurth, *Histoire politique des Mérovingiens*, 1893. Bonnet, *Le latin de Gregoire de Tours*, 1890. D'Arbois de Jubainville, *La déclinaison latine en Gaule à l'époque mérovingienne*, 1872; *Etudes sur la langue des Francs à l'époque mérovingienne*, 1900. Brunot, *Origines de la langue française*, en el tomo I de la *Histoire de la littérature française*, publicada bajo la dirección de Petit de Julleville.

(3) *In gloria martyrum; De passione et virtutibus sancti Juliani; De virtutibus sancti Martini; Vita Patrum; In gloria confessorum*, etc.

conoce Virgilio y algo del *Catilina* de Salustio, no pasando de aquí sus lecturas clásicas. Declara que muy pronto abandonó la gramática y la literatura profanas para dedicarse a las letras sagradas; pero por esta parte tampoco es muy vasta su erudición, limitándose sus conocimientos a las Sagradas Escrituras, que cita con frecuencia, a algunos escritos apócrifos del Nuevo Testamento, a las obras de Sulpicio Severo, Prudencio, Sidonio Apolinario y Orosio, que le son familiares, y a las de unos cuantos autores más, cuyos huellas encontramos en las suyas. En cambio, desconoce la literatura patristica de Occidente, y con mayor razón la de Oriente, puesto que no sabe el griego, y su ignorancia teológica es extremada, de tal modo que apenas tiene algunas vagas e inexactas nociones del arrianismo, del que tanto habla y abomina.

No obstante los escrúpulos que él mismo manifiesta, es un escritor y tiene estilo propio: es inútil buscar en él la sencillez, ni la verdadera elegancia, ni la corrección; en su deseo de adornar su prosa, la recarga de palabras abstractas y de metáforas, y la atesta de divagaciones y expresiones poéticas; pero tiene una imaginación viva y encuentra a menudo la expresión pintoresca, y dotado del sentido del movimiento y del color, percibe el rasgo característico de un acto ó de un personaje. Posee además otras cualidades de historiador; así por ejemplo, comprendiendo instintivamente que para dar una imagen fiel de una época no bastan los grandes personajes ni los grandes acontecimientos, nos hace recorrer toda la Galla del siglo vi, desde la villa real al palacio del obispo, desde el campo a la ciudad, se entretiene en referirnos extensamente la disputa de dos oscuros ciudadanos ó las aventuras de un sacerdote disoluto, y se complace en las anécdotas que narra admirablemente y de cada una de las cuales sabe sacar y mostrarnos lo esencial.

Si de milagros se trata, su credulidad es infantil; pero en cuanto deja de estar la fe de por medio, no carece, ni mucho menos, de espíritu crítico. En su *Historia de los Francos*, para todo lo relativo a las épocas anteriores a la suya, procuró consultar buenos autores y aun utilizó los trabajos de los historiadores del siglo v que después han desaparecido, como Sulpicio Alejandro y Renato Profuturo Frigerido. No se le oculta el valor de un documento oficial, y así ha conservado el texto del tratado de Andelot; sabe asimismo que puede sacarse partido de una leyenda ó de un canto popular, y a veces hasta se preocupa de problemas que todavía discute la ciencia moderna, como el de los orígenes de la monarquía entre los francos, tratando de resolverlos, como hoy en día se hace, mediante la discusión de los textos. Finalmente, cuando llega a su tiempo, no acepta siempre al azar los datos y las narraciones, y en algunos casos formula ciertas reservas.

Muchos le han echado en cara la calma con que relata odiosas maldades y atentados abominables. Cuando se trata de un amigo de la Iglesia, su indulgencia es efectivamente excesiva, y en cambio se irrita hasta llegar a la injuria contra los enemigos de aquélla. La preocupación de los intereses eclesiásticos falsea a veces su raciocinio, pero ni siquiera en estos casos oculta los hechos que permiten rectificar sus opiniones. Por otra parte, los desórdenes y los crímenes que en torno suyo

se multiplican no le dejan indiferente, sino que repite que vive en una sociedad grosera y cruel. En resumen, si ha incurrido en errores, si su cronología es a menudo inexacta, en cambio es un guía con quien se simpatiza y que merece confianza; para encontrar un escritor que sepa tan bien como él reproducir la fisonomía de una época, tendremos que dejar pasar muchos siglos.

Al lado de Gregorio las demás crónicas resultan insignificantes. La más importante de éstas es la que sin razón se atribuye a un personaje supuesto, Fredegario, y que, prolongada por muchos continuadores sucesivos, llega hasta el año 768. Uno de estos cronistas tiene, como Gregorio, perfecta conciencia de la barbarie en medio de la cual vive: «El mundo envejece, dice, el aguijón del ingenio se embota y nadie se atrevería hoy a compararse con los escritores del tiempo pasado.» Hacia el año 727, en la Francia del Norte, un neustrio escribió, con el título de *Liber historie Francorum*, ó *Gesta regum Francorum*, una crónica que explica los destinos de los francos desde su fabuloso origen troyano, pero que carece de crítica y es de composición inculta.

A principios del siglo vi la Iglesia gala había tenido un poeta: Avito, que tan importante papel desempeñó en Burgundia, compuso un poema bíblico en el cual relató la creación del mundo, el pecado original, la sentencia de Dios que expulsó a Adán y Eva del paraíso, el diluvio y el paso del mar Rojo. Toda la primera parte de esta obra constituye una especie de *Paraiso perdido*, que Guizot compara con el poema de Milton, declarando en muchos puntos superior a la de éste la obra del obispo de Vienne; y es que, en efecto, Avito no se limita a parafrasear la Biblia, sino que tiene imaginación é inventiva poéticas. Pero, después de él, la literatura eclesiástica no produce nada que valga tanto. Si Gregorio de Tours es el único historiador de la época merovingia, Fortunato es el único poeta de la misma, y aun es extranjero. Nacido en Italia entre 530 y 540, y educado en Rávena, vino a Austrasia, a la corte del rey Sigeberto, y llegó a ser el cantor oficial de los reyes merovingios, habiendo compuesto el epitalamio de Sigeberto y Brunequilla y los panegíricos de Cariberto y de Chilperico. Nada tan extraño como verle emplear al servicio de aquellos monarcas todas las pompas de las apoteosis oficiales del Bajo Imperio, oír que Cariberto iguala a Trajano, que la Libia y la India conocen la gloria de Chilperico. Venga ó no a cuento, prodiga sus dísticos servilmente laudatorios a Fredegunda, a los obispos, a duques y a condes. Sin embargo, a pesar de su hinchazón, los poemas de Fortunato, cuando se les consulta con prudencia, proporcionan datos sobre la sociedad de aquel tiempo. Habiendo trabado amistad con Radegunda, establecióse junto a ella en Poitiers, en donde fué sacerdote y después obispo, y a petición suya escribió algunas de sus mejores obras, como su elegía, a trozos conmovedora, sobre el casamiento y la muerte de Galswinto, y sus poemas sobre la ruina de Thuringia y sobre la muerte de Amalafrido, primo de Radegunda. Finalmente, este poeta es el autor de himnos que aún se cantan en nuestras iglesias, como por ejemplo el *Vexilla regis prodeunt* y el *Pange lingua*.

Toda cultura científica desaparece y ni siquiera la teología produce ya obras dignas de ser citadas. Los

mejores obispos desconocen los debates sobre el dogma que agitaron la época precedente; la moral cristiana hállase representada por cierto número de sermones, de los cuales sólo tienen interés los de San Cesáreo y San Colombán; y de todas las formas de la literatura sólo la hagiografía florece con alarmante fecundidad, porque ofrece al pueblo ignorante una parte de poesía y algo de maravilloso. Ya no se escriben como antes actas y pasiones de mártires, sino vidas de santos en las que se narra la existencia del protagonista desde su nacimiento hasta su muerte, ó también libros en los que se coleccionan los relatos de los milagros que se le atribuyen.

Este género literario tiene sus leyes: el escritor, por regla general, hace desde un principio protestas de su sinceridad y declara que sus informaciones proceden de buena fuente y á veces hasta afirma haber visto lo que cuenta. Mas no tarda en formarse una retórica prolíja é infantil y el hagiógrafo consideraría que infiere una injuria á su protagonista si no estuviera dispuesto a sacrificar en honor suyo toda verdad y toda verosimilitud, entablándose una reñida competencia para ver quién encontrará anécdotas más maravillosas, anécdotas que, una vez puestas en circulación, pasan de uno á otro y pierden su sello propio para mayor honra del santo cuya historia se escribe. Muy pronto la mayor parte de estas vidas se componen sobre un mismo modelo y nada hay más lamentable que esos lugares comunes que los autores toman unos de otros sin el menor reparo, anegándolos en una fraseología tan ampulosa como bárbara. Esto no obstante, el historiador halla algo que espigar en estos trabajos, algunos de los cuales, como las vidas de San Leger, de San Amando, de San Eloy, etcétera, constituyen importantes documentos para conocer costumbres, ideas y acontecimientos políticos.

Como se ve, el pasto intelectual que la Iglesia impone no puede ser más grosero. Para los más celosos, la ignorancia de la antigüedad llega á ser un dogma: «La Iglesia, escribe San Ouén, ha de hablar no á ociosos espectadores de los filósofos, sino á todo el género humano... ¿De qué nos sirven Pitágoras, Sócrates, Platón y Aristóteles? ¿De qué los cuentos de los poetas malvados, Homero, Virgilio y Menandro? ¿Qué utilidad reportan á la familia cristiana Salustio, Herodoto y Tito Livio, que relatan historias á los gentiles?»

En el entretanto, comienza á bosquejarse obscuramente fuera de la Iglesia otra literatura. Los germanos celebraban desde la época de Tácito, en cantos populares, á sus dioses, la genealogía y las hazañas de sus héroes, los destinos de sus pueblos, y esta tradición no se ha perdido, pues la historia de Clodoveo y de sus sucesores y la de Dagoberto han proporcionado nueva materia á esos poetas bárbaros, que Gregorio de Tours y sus imitadores han conocido y utilizado y cuyos ecos resuenan todavía en sus escritos. En nuestros días, la crítica histórica y filológica se ha dedicado á discernir esos elementos épicos ó líricos y ha encontrado que Brunequilla, que en Fredegario se nos presenta con los rasgos de un personaje histórico, aparece como la heroína de una epopeya bárbara en el *Liber historie Francorum*. Un ejemplo permitirá comprender mejor el carácter de estos relatos. Fredegunda se ve amenazada por una invasión austrasiana, y «al saber que el

ejército invasor era considerable, convocó á los suyos y les dijo: «Levantémonos de noche y vayamos á su encuentro, llevando en la mano linternas; los compañeros que irán al frente llevarán ramas de árboles y atarán campanillas al cuello de sus caballos á fin de que los centinelas del enemigo no puedan reconocernos; y al ser de día nos arrojaemos sobre ellos y alcanzaremos la victoria.» El consejo fué aceptado. Los dos ejércitos habían convenido en batirse en un día determinado en Droisy, en el Soissonnais. Fredegunda, conforme al plan que había hecho prevalecer, se puso en marcha durante la noche, precedida de hombres que llevaban ramas de árboles y montada á caballo con el pequeño Clotario en brazos. De esta manera llegaron á Droisy. Los centinelas austrasios vieron en las alturas las verdes ramas que llevaban los francos y oyeron las campanillas de los caballos de éstos; entonces uno de ellos dijo al que estaba á su lado: «¿No había ayer campos descubiertos en el sitio en donde ahora vemos bosques?» Y su compañero le respondió riendo: «De seguro que has bebido y por esto dices desatinos. ¿Acaso no oyes las campanillas de nuestros caballos que pacen junto al bosque?» A todo esto acercábase el alba, y los francos precipitáronse en medio de ruidosa trompetería sobre los austrasios y los burgundios, que dormían, matando á muchos, grandes y pequeños (1).»

Los sucesos notables no se cantaban solamente en lengua germánica, sino que se cantaban también en lengua latina popular: en la vida de San Farón, obispo de Meaux, se ha conservado un fragmento de uno de estos cantos, en el que se trata de un episodio de las guerras de Clotario II contra los sajones:

*De Clotario est canere rege Francorum  
Qui ivit pugnare in gentem Saxonum.  
Quam graviter provenisset missis Saxonum  
Si non fuisset inclutus Faro de gente Burgundionum.*

Era este un estribillo que, según dice el hagiógrafo, todo el mundo entonaba y que las mujeres cantaban bailando. Los que han querido ver en cantos de este género fragmentos de epopeyas han exagerado; es más exacto decir que fueron los precursores de nuestras canciones de gesta y que en éstas reaparecerán algunos tipos y temas de la época merovingia. Así, por ejemplo, Dagoberto revivirá con el nombre de Floovent.

En la corte de los reyes y en las casas de los magnates había poetas germanos y romanos. «Que el romano te cante acompañado con la lira, dice Fortunato al duque Lupo, y el bárbaro acompañado con el arpa... Te ofrecemos nuestros pequeños versos y la poesía bárbara sus lieds.» La misma mezcla ofrecía la vida ordinaria. Los antiguos habitantes no sólo conservaban el antiguo latín, sino que lo mantenían como idioma oficial, administrativo, adoptado por los mismos germanos que intervenían en la vida pública; así hemos visto á algunos reyes merovingios que tenían á gala emplear un len-

(1) *Liber historie Francorum*, capítulo XXXVI. La leyenda del bosque que camina, immortalizada por Shakespeare, la encontramos frecuentemente en la Edad media. El ejemplo que cito lo he tomado de Kurth; no debemos, sin embargo, ir demasiado lejos, como á veces le sucede á este autor, y reconocer cantos germánicos en todos los relatos pintorescos ó poéticos. Por otra parte, una narración popular no es forzosamente un canto épico.